

Apertura de la fase diocesana de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos - 17 de octubre de 2021

M.ª FÁTIMA HENRÍQUEZ PÉREZ - FRANCISCO JAVIER LÓPEZ ARMAS*

«Que en toda nuestra Diócesis se escuche: Bienaventurado el Pueblo de Dios que peregrina en Canarias convocado en Sínodo, que responde con prontitud a la llamada».

Señor Nuncio, Señor Obispo, señores canónigos, curia diocesana, sacerdotes, diáconos, religiosos y consagrados, representantes de los diferentes consejos, delegaciones, secretariados, movimientos..., los aquí presentes y los que nos ven y escuchan desde sus hogares, sean todos bienvenidos.

Sin saber muy bien cómo, ni por qué, a Fátima Henríquez (directora del Secretariado de Catequesis) y a mí, Francisco López (Delegado de Enseñanza), nos encargaron la tarea de introducir y animar este momento tan trascendental como es la Apertura de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos en su fase diocesana.

Cuando nos pidieron esta tarea, enseguida pensamos en clave de métodos, técnica e imágenes... Debíamos hacer una presentación con efectos y transiciones, con muchos colores y distintas tipologías de letras..., pero lamentablemente, nos avisaron de que eso no iba a ser posible en un espacio como este. Así que finalmente, se quedó todo en un pequeño vídeo que se les hará llegar en los próxi-

* Profesores del ISTIC, sede Gran Canaria.

mos días y en estas sencillas palabras que en este momento estamos compartiendo con todos ustedes.

Nuestro recorrido como docentes hizo que no nos desanimáramos, y recordamos que cuando todo falla solo nos queda «la pizarra y la tiza», y comenzamos a lanzar ideas... Nuestro primer impulso fue el de explicar todos y cada uno de los pasos de este singular Sínodo (los protagonistas de cada momento, las fases, los tiempos,...) pero coincidimos en que esa cuestión, además de ser «farragosa», quizás no era lo más importante en este momento de apertura y quizás también nuestra condición de laicos, fuera una impronta distinta que algo tiene que decir en medio de toda esta realidad que ya estamos viviendo.

Tras mucho meditarlo, nos llegó la «idea» de presentar, de un modo narrativo, todo aquello que hemos vivido y estamos viviendo gracias a esta nueva experiencia sinodal. Tomen pues estas palabras como un ejercicio en el que se entremezclan «*teología y vida*», nuestra experiencia eclesial y la invitación a vivir nuestro ser «*Iglesia en salida*».

Ya en el siglo IV, san Juan Crisóstomo decía que *la Iglesia tiene nombre de Sínodo*. O, lo que es lo mismo: *Sínodo es nombre de la Iglesia*. La palabra «sínodo» significa «caminar juntos», y esa es la clave fundamental que nos permite entender toda esta historia.

Si lo pensamos bien, la «sinodalidad» no es (o no debe ser) algo accidental o una moda a lo largo de la historia de la Iglesia, sino que es algo que brota de su misma identidad. Su ser y su existir están, en este sentido, íntimamente unidos. Pues con este término, estamos indicando que el sujeto agente de ese «caminar» es «toda la Iglesia», y por lo tanto, todos tenemos una responsabilidad en la tarea.

Pero entonces, ¿a qué viene tanto revuelo con esta nueva llamada del papa? ¿a qué tanta novedad?, ¿por qué nos parece algo tan singular lo que estamos viviendo? La respuesta es simple, y es que a lo largo de la historia, no siempre hemos tenido presente esta dimensión, y cuando se ha tenido en cuenta, se ha partido de un significado «fluido e impreciso». Con la apertura de este proceso sinodal, el papa Francisco nos hace un regalo, y es el de situar esta dimensión de la Iglesia en el lugar que le corresponde.

1. ¡Ven y sígueme!... Te invito a «caminar juntos»

Cuando llegó a mis manos el documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos, mi desconcierto fue «mayúsculo» al leer la primera línea «*La Iglesia de Dios es convocada en Sínodo*». Y pensé, ¿qué está pasando?, ¿qué me he perdido?, ¿es cierto lo que estoy leyendo?

En medio de nuestros quehaceres, de nuestro día a día, de nuestras preocupaciones y anhelos, el papa nos preguntaba a todos y cada uno de los cristianos: ¿cómo se realiza hoy, a diversos niveles (desde el local al universal) ese «caminar juntos» que permite a la Iglesia anunciar el Evangelio, conforme a la misión que le fue confiada? ¿Qué pasos nos invita a dar el Espíritu para crecer como Iglesia sinodal?

Y descubrí, no sin cierta dosis de «temor y temblor» que nos encontramos ante un acontecimiento histórico y singular. Nunca antes había ocurrido algo así. Si los sínodos de obispos fueron y han sido un regalo del Concilio Vaticano II para toda la Iglesia, lo que ahora estamos viviendo es un regalo para todos y cada uno de los cristianos.

Nadie, jamás, había convocado a todo el Pueblo de Dios «en Sínodo»; a ningún pontífice se le había ocurrido plantear esta pregunta, más propia de eruditos, para que la contestase todo cristiano; tampoco había sido común abrir un proceso tan dilatado en el tiempo (de algún modo nos recuerda a un proceso conciliar); y por supuesto, nadie se había planteado con anterioridad que esta situación partiera de un trabajo diocesano y que fluyera, cual afluente, hasta hacer crecer el caudal de un gran río que desembocara en el mar (fase diocesana, asambleas regionales/continentales, Sínodo de obispos).

Estamos, pues, ante una forma nueva de vivir nuestro ser Iglesia en sus modos y en su forma, partiendo de lo más íntimo de su ser. Estamos ante un verdadero «*aggiornamento*», como lo fue el Concilio Vaticano II, que zarandeó a toda la Iglesia al invitarla a responder: «*Iglesia, ¿quién eres?, ¿qué dices de ti misma?, ¿qué le dices al mundo?*».

Estamos, pues, ante un nuevo «*kairós*», ante un momento de gracia impulsado y provocado por el Espíritu del que no hay modo de «zafarse»; este no es momento de complejos ni de excusas; tú y yo estamos convocados por el Papa, desde nuestra condición de bautizados, a emprender este camino. Porque «*precisamente el camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio*».

2. ¡No tengas miedo!... Debes partir de tu experiencia de Iglesia

Después del desconcierto del primer momento, reconozco que casi entro en un ataque de pánico... Pero, ¿qué quiere el papa de mí?, ¿es que mi opinión importa?, ¿no están para eso los obispos o los teólogos, o los que saben? ¿No es mejor que piensen los que «saben pensar» de esos temas?, ¿no es mejor hacer las cosas como siempre?

Y de nuevo, el papa Francisco se adelanta a mis preguntas, y me responde desde una clave irrefutable: *«juntos debemos escuchar, abrirnos y dejarnos guiar por el Espíritu»*. Y Él *«sopla donde quiere: oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va»* (Jn 3,8).

Por eso mi voz importa, por eso tu palabra se hace necesaria, por eso nuestra oración juntos es imprescindible, por eso nuestro *«hacer memoria»* agradecida es indispensable, por eso el *«encuentro»* es momento primero para empezar este camino lleno de sorpresas. *De este modo, se pone en acción un dinamismo que permite comenzar a recoger los frutos de una conversión sinodal, que madurarán progresivamente.*

Todo esto es cierto, pero ¿por dónde comenzar?... Y la respuesta es clara, debemos empezar por encontrarnos, ponernos en presencia del Señor y hacer memoria sobre cómo el Espíritu ha guiado el camino de nuestra Iglesia de Canarias a lo largo de toda nuestra historia, y cómo nos llama hoy, en el momento presente, a ser testigos del amor de Dios.

En segundo lugar, debemos ser conscientes de que nos encontramos ante un acontecimiento singular, este nuevo Sínodo, que debemos vivirlo como un proceso eclesial participado e inclusivo, que ofrezca a cada uno (en particular a cuantos por diversas razones se encuentran en situaciones marginales) la oportunidad de tener un espacio en el que poder expresarse y ser escuchados para contribuir juntos en la construcción del Pueblo de Dios en el que no hay unos más importantes que otros.

Además de eso, el papa Francisco nos recuerda que en nuestra Iglesia, no siempre hemos sido capaces de reconocer y apreciar la riqueza y la variedad de los dones y carismas que el Espíritu distribuye libremente, para el bien de la comunidad y en favor de toda la familia humana, y esto debe cambiar, pues al no reconocer esos dones y carismas ¿no estaremos poniéndole barreras a la acción del Espíritu?, ¿no estaremos pretendiendo que la evangelización parta de criterios humanos, siempre frágiles y limitados?

En cuarto lugar, debemos recordar cómo ha sido nuestra *«experiencia sinodal»* en los diferentes niveles eclesiales en los que hemos estado, y desde ahí, ser capaces de buscar y experimentar nuevos modos de ejercitar la corresponsabilidad en el anuncio del Evangelio y en el compromiso por construir un mundo más hermoso y habitable. Esta llamada es doble: por un lado, es una llamada a los diferentes responsables eclesiales para que sean capaces de crear esos espacios participativos y además, animen para que estos sean utilizados; y por otro, es una llamada a cada cristiano para que se implique en la tarea evangelizadora de un modo natural y radical, de manera seria y responsable.

Unido a lo anterior, se nos recuerda que quizás ha llegado el tiempo de examinar cómo se vive en la Iglesia la responsabilidad y el poder, cómo se vive el servicio y la tarea... Pues no siempre nuestras estructuras gestionan los recursos y tratan a las personas del modo más evangélico, sino que como se suele decir, «muchas veces dejamos mucho que desear». ¿Dónde hemos dejado la acogida?, ¿y la misericordia?, ¿y la transparencia?, ¿y la justicia?

En sexto lugar, este acontecimiento sinodal que hoy iniciamos en nuestra iglesia local nos debe hacer pensar en si nuestra comunidad cristiana es «sujeto creíble» y «socio fiable» en los caminos del diálogo social, de la sanación y de la reconciliación, de la inclusión y la participación, de la reconstrucción de la democracia y de dar «voz a sin voz» en nuestra sociedad, de la promoción de la fraternidad y de la amistad social. ¿Cómo estamos siendo testigos ante el mundo de la llamada que nos hace el santo Padre a descubrirnos «*hermanos todos*»?

Y siguiendo en esa línea, quizás haya llegado la hora de que todos nos pongamos a la tarea de regenerar las relaciones entre los miembros de nuestras comunidades cristianas, así como también entre las comunidades y los otros grupos sociales, por ejemplo, comunidades de creyentes de otras confesiones y religiones, organizaciones de la sociedad civil, movimientos populares, etc.

3. Un nuevo modo de «hacer». Lo que el Señor nos da y espera de nosotros

“Esto dice el Señor, que abrió camino en el mar y una senda en las aguas impetuosas: (...) «No recordéis lo de antaño, no penséis en lo antiguo; mirad que realizo algo nuevo; ya está brotando, ¿no lo notáis?»

Abriré un camino en el desierto, corrientes en el yermo. (...) pondré agua en el desierto, corrientes en la estepa, para dar de beber a mi pueblo elegido, a ese pueblo que he formado para que proclame mi alabanza». (Is 43, 16.19-20).

Después de leer este precioso documento preparatorio de la XVI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos, han resonado en mi mente las palabras del profeta Isaías: «*miren que realizo algo nuevo, ya está brotando ¿no lo notan?*». Pero los miedos surgen, mi propia experiencia eclesial hace que me ponga en guardia... ¿no estaremos frente a algo pasajero?, ¿qué quedará en nuestra iglesia local de este movimiento del Espíritu una vez que pase este huracán?, ¿merecerá la pena este esfuerzo?

De nuevo el papa Francisco sale al paso y nos recuerda que la sinodalidad es mucho más que la celebración de encuentros eclesiales y asambleas de obispos, o una cuestión de simple administración interna en la Iglesia. La sinodalidad «in-

dica la específica forma de vivir y obrar de la Iglesia, Pueblo de Dios que manifiesta y realiza en concreto su ser comunión en el caminar juntos, en el reunirse en asamblea y en el participar activamente de todos sus miembros en su misión evangelizadora».

Estamos, pues, ante una verdadera llamada a la renovación eclesiológica en lo más profundo de nuestro ser Iglesia, en nuestras formas y métodos, en nuestras mentes y nuestros corazones, y ya no puede haber vuelta atrás. Me viene a la mente una imagen que todos tenemos y que es objeto de nuestras conversaciones diarias, un volcán en la isla de La Palma que es imparable para hombres y científicos. Ojalá el fuego del Espíritu Santo, también provoque en nosotros ese efecto imparable de no poder volver a esquemas y planteamientos pasados.

Pero no debemos olvidar que la consulta al Pueblo de Dios no implica que se asuman dentro de la Iglesia los dinamismos de la democracia radicados en el principio de la mayoría, porque en la base de la participación en cada proceso sinodal está más bien la pasión compartida por la común misión de evangelización y no la representación de diferentes intereses en conflicto.

La experiencia sinodal es un proceso eclesial que no puede realizarse sino «en el seno de una comunidad jerárquicamente estructurada». Es en el vínculo profundo entre el *sensus fidei* del Pueblo de Dios y la función del Magisterio de los pastores donde se realiza el consenso unánime de toda la Iglesia en la misma fe.

En cada proceso sinodal, los obispos en su diócesis, son llamados a discernir lo que el Espíritu dice a la Iglesia no solos, sino escuchando al Pueblo de Dios, que «participa también de la función profética de Cristo». Y en este caso particular, no solo nos quedamos ahí, sino que este proceso va a tener una dimensión continental y otra universal.

4. La pregunta fundamental, ¿sigues queriendo caminar a mi lado?

Pero la pregunta sigue en el aire, y necesita de mi respuesta, de tu respuesta, de nuestra respuesta..., necesita ser respondida con una palabra «libre y franca», «valiente y sincera», con una palabra impregnada de «*parresía*», de Evangelio que se hace vida...: *¿cómo se realiza hoy este «caminar juntos» en la propia Iglesia particular?, ¿qué pasos nos invita a dar el Espíritu para crecer en nuestro «caminar juntos»?*

Y para responder a eso, del modo y la manera que se nos pide, debemos partir de nuestra propia experiencia eclesial; de las alegrías y fracasos que hemos

vivido en esta Iglesia nuestra; de cómo el Espíritu nos ha guiado en medio de desiertos y tormentas...

Llegados a este punto, no debemos olvidar que la finalidad de este Sínodo, y por lo tanto de esta consulta, no es producir documentos, sino *«hacer que germinen sueños, suscitar profecías y visiones, hacer florecer esperanzas, estimular la confianza, vendar heridas, entretener relaciones, resucitar una aurora de esperanza, aprender unos de otros, y crear un imaginario positivo que ilumine las mentes, enardecza los corazones, dé fuerza a las manos»*.

Pues con este deseo del santo Padre, les invitamos y nos invitamos a nosotros mismos, a poner nuestras ilusiones y desvelos, nuestro esfuerzo y nuestra tarea, nuestros sueños y esperanzas en las manos de nuestra Madre del Cielo.

*“Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios;
no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades,
antes bien, libranos de todo peligro,
¡oh siempre Virgen, gloriosa y bendita! Amén”*.